

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

Domingo de Ramos, Triduo Pascual

Domingos de Pascua, ciclo C

Del 13 abril al 8 de junio de 2025

Domingo de Ramos / C

1 lectura. Isaías 50,4-7

No escondí el rostro ante ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado.

Escuchemos la voz del Siervo que habla de una conmoción profunda y expresa una honda confianza. No se nos dice quién es ni la razón de su congoja. Los siervos de Dios suelen tener su vida en peligro porque la verdad de Dios no acostumbra a concordar con la manera en que los hombres entienden la realidad. La Iglesia siempre ha visto en este siervo la figura de Jesús: su conflicto terminará llevándolo al sufrimiento y a la muerte. Pero en estas circunstancias él continua siendo el Siervo confiado, fiel y obediente.

Todo lo que se dice en el fragmento profético sobre el Siervo está centrado en Dios: su particular ministerio le es con-

fiado por Dios y tiene que tener el oído atento a cualquier mensaje, por extraño que sea, de Dios. Y la lengua requiere habilidad para hablar de estas mismas cosas extrañas.

La misión es «decir al abatido una palabra de aliento». Estos son los judíos exiliados, cuya vida ha sido aplastada por el Imperio opresor. Se tiene que crear, con la fuerza poderosa de la palabra, una realidad alternativa que genere espacio, libertad y energía: nuevas posibilidades más allá de las realidades abrumadoras de cada día. Por esto el Siervo sufrirá hostilidad, aunque su respuesta siempre será pacífica porque confía en el Señor y en él encuentra consuelo.

2 lectura. Filipenses 2,6-11

Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo.

Pablo en este fragmento de su carta a los Filipenses reproduce un himno que casi con toda certeza él no compuso, sino que ya en su tiempo formaba parte del repertorio tradicional.

El apóstol afirma la obediencia de alguien que podría haber impuesto su autoridad, pero que elige someterse a la voluntad de Dios. Jesús no solamente cede su identidad divina sino que se somete a la condición humana, y obedece hasta la muerte. Su muerte no fue una muerte humana normal, con dignidad, sino una muerte de cruz, que era la mayor ignominia pública que se podía infligir a alguien.

En la segunda mitad, el himno cambia radicalmente y la iniciativa ahora proviene de Dios. La acción de Dios, como respuesta a la obediencia de Jesús, lo exalta y hace que él, otra vez, vuelva a ser identificado con Dios. Toda acción descrita por el himno es por la gloria de Dios Padre.

Cristo es presentado como modelo para los cristianos: su forma de pensar y de comportarse es la que se puede imitar. La obediencia de Cristo; su voluntad hacia los demás es más importante que él mismo. La renuncia de Jesús a su estatus es el aspecto que Pablo presenta a los filipenses como modelo.

En el Domingo de Ramos –cuando contemplamos que el Jesús que entra triunfalmente en Jerusalén al cabo de

una semana será clavado en una cruz– el himno de Pablo cobra sentido.

3lectura. Lucas 22,14-23,56

Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros.

La narración de la Pasión según san Lucas es un texto de una simplicidad desnuda, muy trabajado, lleno de alusiones bíblicas y finamente teológico. La secuencia es la siguiente: inicio de la Cena pascual, la Eucaristía (cáliz, pan), anuncio de la traición de Pedro, salida hacia el monte de los Olivos, plegaria de Jesús, detención de Jesús y curación de la oreja cortada, Pedro llora después de haber negado a Jesús, interrogatorio de Jesús ante el sanedrín, interrogatorio ante Pilato, Jesús es enviado a Herodes, Pilato libera un asesino y condena a Jesús, mensaje de Jesús a las mujeres de Jerusalén, Jesús es crucificado con dos criminales, Jesús acoge a uno de los criminales, muerte de Jesús, el centurión reconoce la inocencia de Jesús, José de Arimatea entierra a Jesús en un sepulcro nuevo, las mujeres seguidoras de Jesús son testigos de la sepultura. Es el testimonio de una fe que narra lo que es muy –incluso demasiado– difícil de comprender. Es expresión de una religión que es compromiso y donación. Las escenas se siguen con inmediatez y de forma dramática, pero en todos los

lugares hay el mensaje y la semilla de la salvación.

La Cena pascual celebra el misterio de la continua presencia de Jesús en medio de los suyos. En Getsemaní, Jesús es el modelo de quien reza con perfección, que experimenta también el aspecto de congoja que conlleva la búsqueda de la voluntad de Dios. El proceso judío es dominado por la última gran revelación de Jesús delante de su pueblo: «¿Tú eres el Hijo de Dios?». Él les responde: «Yo lo soy». Ante esta verdad –la última– las autoridades de Israel lo rechazan. El proceso romano confirma la elección de Israel de condenar a Jesús. Será liberado un alborotador. Aquí se muestra la indiferencia del gobernador romano. El centurión de la crucifixión es quien da «gloria a Dios» y reconoce la inocencia de Jesús. Las mujeres se manifiestan como las auténticas seguidoras de Jesús.

Hoy proclamamos nuestra fe en Cristo muerto y resucitado, que es a la vez esperanza en la humanidad salvada; y proclamamos también el amor que nos salva.

JOAN FERRER

Jueves Santo

1 lectura: **Éxodo 12,1-8.11-14** Prescripciones sobre la cena pascual.

La Última Cena de Jesús con sus discípulos antes de su muerte se sitúa en contexto pascual. La lectura del Éxodo da las instrucciones para la celebración de esta cena. Se trata de las normas litúrgicas, de carácter sacerdotal, para la celebración de esta fiesta con gran solemnidad y precisión.

Esta fiesta marca un punto de partida en la vida de Israel. Es como si la vida comenzara de nuevo en este momento de recuerdo y recreación. El centro es el cordero, que es un manjar caro. Si la familia es demasiado pequeña es necesario que sea compartido. Ha de ser un animal sin tara, digno de la función que ha de ejercer. El cordero provee de sangre para pintar las jambas y el dintel de las puertas.

En la memoria comunitaria, la comida en común cobra un nuevo significado: no es una comida ordinaria y, por tanto, no se ha de comer de forma ordinaria. Hay que comerla equipados para el viaje, con sentido de urgencia, como si fuese el momento antes de la salida del Éxodo. En cada generación, todo el mundo se ha de sentir como participante del drama de haber salido de Egipto. Ha de ser una comida de provisión para el largo y difícil camino hacia la novedad.

La Pascua es memoria de la obra de Dios que da libertad a un pueblo de esclavos, que se convertirá en su pueblo Israel. Aquí Dios se muestra como el Señor de la libertad y la justicia.

2 lectura: **1 Corintios 11,23-26** Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor.

Pablo transmite a los cristianos de Corinto una tradición que él ya ha recibido. La tradición contiene las palabras –bien sencillas– que conectan el hecho común de compartir pan y vino con la muerte de Jesús y su significado para la humanidad. El pan tiene el sentido del cuerpo de Jesús, roto por la muerte; la copa es la sangre de Jesús, vertida en la muerte. A través de esta muerte llega una nueva alianza, y a través de la participación en la comida se vuelve actual el recuerdo o memorial de Jesús. La Cena del Señor se encuentra en el

núcleo vital de la memoria de Jesús en la Iglesia.

La última frase ya no es de la tradición, sino que es la interpretación que da Pablo. Cada vez que se celebra, la Eucaristía es un acto de proclamación del Evangelio de Jesucristo: «La muerte del Señor, hasta que vuelva». No hay que perder de vista que la vida y la celebración de la Iglesia se hallan siempre en un contexto escatológico: hasta que el Señor vuelva. La Iglesia proclama la muerte de su Señor en el marco de una

esperanza confiada de que él vendrá de nuevo en el triunfo final de Dios.

Pablo recuerda la debilidad de Jesús, siempre fiel a Dios hasta aceptar la

muerte. El apóstol insiste en el hecho de que la Iglesia vive en la tensión entre la muerte del Señor y el triunfo final de la resurrección

3lectura: Juan 13,1-15 Los amó hasta el extremo.

El lavatorio de pies que Jesús hace a sus discípulos solo se encuentra en el evangelio según Juan. Es especialmente singular el hecho de que en el relato evangélico de Juan esta acción ocupa el lugar de la institución de la Cena. Con esto ya nos ofrece una interpretación de la muerte de Jesús, de manera equivalente a las palabras de la institución de la Eucaristía que encontramos en los evangelios sinópticos.

El lavatorio de los pies es un comentario dramático de la muerte de Jesús. El contexto joánico es muy significativo: él sabe que la hora de la partida ya ha llegado; ama a los discípulos hasta el extremo y anticipa el retorno hacia el Padre.

Señalemos la insistencia en el hecho de que Jesús se quita el manto, se ciñe la toalla y que después se vuelve a poner el manto. Es una referencia al buen pastor que da la vida para recuperarla.

El diálogo con Pedro ocupa la mayor parte de la narración y nos ofrece la explicación esencial de la acción de Jesús. Pedro no lo entiende; Jesús no se lo reprocha, simplemente le dice que lo comprenderá «más tarde». Este «más tarde» hace referencia a la muerte y la resurrección del Señor. Jesús le dice que

la única manera de pertenecer a Jesús es a través de la recepción de su lavatorio, es decir, permitiéndole que haga lo que ha venido a hacer. Pedro parece que prefiere otro tipo de Salvador: uno que para ir a Dios pase por otro camino que no sea el de la cruz. Seguro que Pedro habría preferido lavar él los pies a Jesús más que no que el Señor se los lavase a él. Pero Jesús es taxativo e incluso amenazador. Solo con gran resistencia deja hacer a un Señor que sirve.

Las palabras de Jesús a Pedro —«Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies»— probablemente signifiquen que la muerte humillante de Jesús es suficiente para dar una total purificación.

Después de contemplar esta escena ya podemos entender que el lavatorio es un drama de lo que los seguidores de Jesús hemos de ser y de hacer. El Señor nos ha dado un ejemplo radical que hay que seguir. El Maestro y Señor hace esto: la autoridad es redefinida como servicio, con «toalla y jofaina». La Iglesia es la comunidad purificada por la muerte de Jesús, donde el Señor ocupa el papel del esclavo. El amor no son solo buenos sentimientos, sino que «lo que el Señor ha hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Viernes Santo

1 lectura: Isaías 52,13–53,12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones.

Este poema famoso de Isaías es muy oscuro. Todo son alusiones y no podemos saber en qué contexto de la historia del pueblo de Israel hay que situar la originariamente. Por eso, la Iglesia siempre lo ha leído como una alusión a los sufrimientos y a la muerte de Jesús, como acontecimiento salvador querido por Dios.

El texto empieza con una proclamación triunfante que, al continuar la lectura del poema, nos deja atónitos, ya que parece la antítesis de este verso inicial optimista. Este hombre es maltratado en gran manera, pero la voz profética dice que el siervo «subirá y crecerá mucho».

Es una persona muy desfavorecida, que causa repulsión a los demás. Nadie espera nada de él, pero «Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros

dolores... sus cicatrices nos curaron... el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes». Este texto es un punto culminante de todas las Sagradas Escrituras. Estamos tan acostumbrados a él que casi no nos damos cuenta del carácter revolucionario que tiene: esta persona tan desgraciada cargaba con nuestras enfermedades, de manera que en sus sufrimientos nosotros hemos sido curados, perdonados y transformados.

En este día santo este poema ayuda a la Iglesia a discernir lo que Jesús ha hecho y hace: su entrada en el mal y en la culpa del mundo ha cambiado totalmente al mundo. Este poema y su concreción evangélica en la cruz piden el silencio abrumado ante un misterio que es demasiado profundo para la especulación o la explicación.

2 lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Aprendió a obedecer y se ha convertido en autor de salvación.

La carta a los Hebreos sorprende por la cristología tan alta que manifiesta: Jesús es el heredero de todas las cosas, agente de la creación y superior a los ángeles de Dios. Hebreos nos habla de un Jesús enaltecido que, sin embargo, es capaz de compadecerse de nuestras debilidades. Este Jesús suplicaba a Dios «a gritos y con lágrimas». En el contexto del Viernes Santo esto es una referencia bien clara a la agonía de Jesús

en la cruz. El sacerdocio de Jesús manifiesta una profunda comunión con la angustia humana.

La obediencia de Jesús a la voluntad de Dios no solo ha iniciado el perdón de los pecados sino la salvación eterna para la humanidad. Señalar que el sacerdocio de Jesús no proviene de la cantidad de sus sufrimientos, sino de Dios y de la obediencia del mismo Jesús.

Los creyentes hemos de mantener firme la fe, en la confianza cierta de que Dios se compadecerá de nosotros, nos

acogerá y nos concederá el auxilio que necesitamos.

3lectura: Juan 18,1–19,42 Prendieron a Jesús y lo ataron.

La narración joánica del arresto, juicios, crucifixión y sepultura de Jesús consta de muchas escenas. El conjunto es de una gran sutileza que causa un fuerte impacto. La narración presenta un retrato de Jesús como rey de los judíos que tiene un profundo dominio de su propio destino. Todo sucede en presencia de las autoridades religiosas, que pierden la fe, y de los oficiales del gobierno, que pierden el poder.

El texto es majestuoso, lleno de sutilezas. Vemos cómo Jesús afirma con consistencia los hechos que ha realizado, y que recibe, como respuesta, una bofetada por parte de un guardia mientras que, al mismo tiempo, Pedro niega cualquier relación con Jesús y sale libre.

El comportamiento de las autoridades religiosas es ridículo: el gobernador sale a hablarles fuera del edificio pagano, mientras que entra para hablar con Jesús. Esta gente religiosa tiene interés en mantener la pureza ritual para comer el cordero pascual al mismo tiempo que prepara la muerte del Cordero de Dios.

Todo el texto está plagado de ironías. Así, cuando Pilato presenta a Jesús a los judíos, les dice: «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». Ellos responden diciendo: «No tenemos más rey que al César». En la liturgia de la Pascua que

preparaban, estaban a punto de recitar que su único rey es Dios, pero aquí, para rechazar a Jesús, han tenido que rechazar a Dios mismo. Aquí, involuntariamente, han testificado que Jesús y el Padre son uno.

Pilato es otro protagonista de la narración. El lector tiene la sensación de que el gobernador, que representa el poder de la autoridad política, es sometido a juicio, y no Jesús. Jesús formula preguntas pertinentes: «¿Dices esto por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?», que llevan a Pilato a reconocer su realidad: «Conque, ¿tú eres rey?». A medida que la acción avanza queda bien claro que Pilato no tiene ninguna clase de poder, ya que la fuerza se encuentra en manos de las autoridades religiosas.

En realidad, sin embargo, no es ni Pilato ni las autoridades religiosas judías quienes poseen el poder del juicio y la crucifixión, ya que los detalles que se van produciendo son explicados a la luz de las Sagradas Escrituras. El objetivo es recordarnos que todo lo que ocurre forma parte del plan más grande de Dios. En el momento culminante de su muerte, Jesús no pronuncia unas palabras de aflicción o de abandono, sino de cumplimiento: «Está cumplido». La historia que ha llegado a la plenitud es el plan salvífico de Dios.

Vigilia Pascual / C

1 lectura: Génesis 1,1–2,2

Vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno.

La meditación de la Vigilia Pascual empieza con la proclamación de las páginas iniciales de la Sagrada Escritura. El gran poema de la Creación no es un reportaje de los momentos del inicio absoluto de todo –esto sería inconcebible: no hay nadie que pueda «filmar» la obra creadora de Dios– ni una página de ciencias sobre el origen del universo, sino una alabanza fiel y agradecida a Dios, origen de todas las cosas y, por encima de todo, de las personas –hombres y mujeres–, que causan la admiración del mismo Dios: «Y era muy bueno».

La proclamación de este poema, estructurado a lo largo de una semana litúrgica, que culmina con el día séptimo, el día del reposo de Dios, lleva a la contemplación de una historia que desde su mismo inicio es historia de la salvación, del encuentro de Dios con la humanidad que él mismo, de forma libre y soberana, ha creado. La creación es donación de Dios, que así podrá ser conocido por los humanos, que somos imagen –la única imagen posible– de Dios.

2 lectura: Romanos 6,3–11

Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más.

Este texto es el único de la carta de Pablo a los Romanos que cita el bautismo. La referencia, sin embargo, es esencial, ya que Pablo ve que el bautismo incorpora a los creyentes a Cristo y los une al Señor.

El bautismo conecta la vida del creyente con la de Jesús, por esto también nos conecta con la muerte de Jesús. La muerte de los creyentes, sin embargo, no es física, sino que es la muerte «de nuestra vieja condición», una muerte «al pecado». Entonces, así como la muerte no puede tener poder sobre Cristo, el pecado tampoco tiene poder sobre la vida del creyente. La persona de fe, pues, ha sido movida de un espacio de poder a otro. El bautismo origina

un real y concreto cambio de situación. Ya no estamos en territorio del pecado sino en el de la gracia, el de Jesucristo. Por tanto, ya que nadie puede estar a la vez en dos territorios, somos posesión de Jesús.

El bautismo nos incorpora también a la resurrección de Jesús, pero en un momento futuro: «Viviremos con él». El bautismo es una inauguración a una vida nueva o renovada. Los creyentes aún no han resucitado, pero están «vivos para Dios en Cristo Jesús». Los creyentes, sacados del territorio del poder del pecado, ahora viven en un territorio espiritual que pertenece a Dios.

En el contexto de la reflexión sobre la muerte y la resurrección con Cristo,

Pablo se refiere a la esclavitud y a la libertad. El que ha sido crucificado en el bautismo ya no es esclavo del pecado, sino que ha sido liberado de él. La libertad a veces suele ser entendida como una especie de licencia para hacer lo

que se quiera, pero Pablo lo entiende de otra manera: para él la libertad está en relación al poder del pecado y a la obediencia al Evangelio que Dios ha proclamado en Jesús, es decir, para la vida genuina y para el servicio.

3lectura: Lucas 24,1-12

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

El evangelio de la resurrección nos sitúa ante el inicio de una nueva creación. El sábado, el día del reposo de la obra creadora de Dios, ya ha pasado. Despunta el alba del primer día, el de la nueva creación. En escena hay tres mujeres, que son la imagen perfecta de la persona cristiana. La que sigue a Jesús hasta el final, hasta el pie de la cruz. Los seguidores hombres se habían asustado y habían abandonado a Jesús en el momento de su detención. Pedro lo había seguido a escondidas, pero acabará renegando de él al ser descubierto por los criados en el patio de la casa del sumo sacerdote. Las mujeres han sido las únicas personas fieles. Ahora, sin embargo, cuando todo parece que ha acabado en un fracaso terrible, van a ver un sepulcro.

Allí se produce un hecho sorprendente, un prodigio que indica que se ha producido una intervención de Dios: «Encontraron corrida la piedra del sepulcro». Pero para identificarla se precisa una revelación de Dios, que llega por boca de «dos hombres» misteriosos «con vestidos refulgentes».

Destacar que los hombres se refieren a

Jesús como «al que vive». Es él, el que ha entregado su vida en el suplicio de la cruz, quien ahora «ha resucitado». La obra de Dios en la resurrección es el triunfo de la vida y del Evangelio. Las cosas no se han movido por el plan perverso de las autoridades religiosas judías y el poder del imperio romano, sino porque el plan de Dios se ha cumplido: «Recordaron sus palabras».

La revelación de la resurrección comporta una misión: «Volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás». Las mujeres han de ser evangelistas.

Pascua no es un quedarse quieto en el sepulcro, sino una fuerza impetuosa que empuja a proclamar el Evangelio del Resucitado.

Señalemos que las mujeres, al encontrarse con los «dos hombres con vestidos refulgentes» quedaron despavoridas, llenas de miedo y de perturbación. Aquello que no fue concedido a Moisés –ver el rostro de Dios– ahora es un don para las mujeres, que han recibido el anuncio de la resurrección, que es la culminación del amor de Dios en la historia de la salvación.

JOAN FERRER

Domingo de Pascua / C

1 lectura: Hechos 10,34a.37-43

Hemos comido y bebido con él después de su resurrección.

La celebración de la Pascua es el centro del año cristiano. Los textos que leeremos desde ahora hasta Pentecostés como primera lectura pertenecen al libro de los Hechos de los Apóstoles. Son expresión de la proclamación de la Iglesia de los orígenes del núcleo del Evangelio y de la obra del Espíritu Santo, que actúa en la vida de las mujeres y de los hombres que responden a esta proclamación.

La muerte y la resurrección de Jesucristo son presentadas como actos de gracia de Dios, a través de los cuales los hombres y las mujeres son salvados y reconciliados con Dios y los unos con los otros. Estos textos son como microevangelios: contienen el núcleo de la proclamación de la buena noticia de Dios centrada en el anuncio del Reino, la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

El fragmento que hoy proclamamos pertenece al sermón de Pedro, y está dirigido al centurión romano Cornelio. El hecho de que el destinatario sea un romano no es marginal, dado el interés del libro de los Hechos por acentuar la universalidad del evangelio.

La síntesis del mensaje que presenta es la siguiente: Jesús, que había recibido el poder de Dios, vivió haciendo muchas buenas obras para quebrantar el poder del diablo. El final de esta vida de bien fue la ejecución de Jesús; pero Dios no permitió que este mal triunfara, sino que resucitó a Jesús de entre los muertos, y mostró la resurrección a los que él había escogido como testimonios. Estos comieron y bebieron con él –referencias a la Eucaristía– y han recibido la responsabilidad de divulgar el mensaje sobre la resurrección de Jesús.

2 lectura: Colosenses 3,1-4

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.

La Pascua no es la celebración de la renovación regular de la vida cada primavera, sino la celebración de la fidelidad de Dios, cuyas promesas son seguras. La importancia de la resurrección de Jesús es fundamental para la fe cristiana, porque es en la resurrección de Jesús donde vemos la culminación del poder de Dios.

La resurrección de Jesús garantiza el poder y la fidelidad de Dios no solo al

mismo Jesús sino a cada ser humano. Jesús es el primer fruto de la cosecha que llevará al triunfo final de Dios y a la vida eterna del pueblo de Dios.

En este fragmento de la carta a los Colosenses, la resurrección adquiere consecuencias éticas a causa de la vinculación que hay entre los creyentes y la resurrección: «Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra».

Nuestro texto afirma que cada creyente ya participa de la resurrección, pero que aún nos espera una revelación de la futura gloria de Cristo, y esta revelación también contendrá la gloria de los creyentes.

La identificación entre los creyentes y Cristo resucitado no es un motivo de gloria para el creyente, sino que da fuerza al creyente para ser de una manera determinada: vivir con la mentalidad y sentimientos conformes a la vida de Cristo.

3lectura: Juan 20,1-9

Él había de resucitar de entre los muertos.

En el núcleo de este evangelio de Pascua está la aparición de Jesús a María Magdalena. Ella podrá decir: «He visto al Señor» (Jn 20,18).

La narración explica la historia maravillosa de una mujer que busca y que queda sorprendida por lo que encuentra; posteriormente –en el fragmento que viene a continuación del evangelio de hoy– pasará a encontrar una persona que pronunciará su nombre.

Destacamos que María va al sepulcro, donde había sido depositado el cuerpo de Jesús, el domingo cuando aún estaba oscuro. El reposo del sábado ya ha pasado. Su preocupación es el cuerpo de Jesús. Se encuentra con el sepulcro abierto, pero esto no la empuja a la fe sino que aumenta su inquietud sobre lo que puede haber ocurrido con el cuerpo de Jesús. ¿Quiénes pueden ser los que se lo han llevado del sepulcro?

Ella posiblemente iba al sepulcro a llorar. ¿Qué hay que hacer para acostumbrarse a la ausencia de una persona

profundamente amada? La piedra removida solo es capaz de crear miedo y angustia. Su pensamiento llega a la conclusión de que alguien ha cogido el cuerpo de Jesús. ¿Qué otra cosa podía haber ocurrido? ¡Los cuerpos muertos no desaparecen!

En apariencia los dos discípulos comparten la angustia de María. Van a ver lo ocurrido por sí mismos y confirman lo que ha dicho la mujer. Quedaban todas las vendas y el sudario.

«El otro discípulo», nos dice el texto, «vio y creyó». ¿Qué creyó? El texto no lo dice. Ciertamente su experiencia de Jesús resucitado viene más tarde. Lo que parece que creyó es la noticia que les había dado María de que el sepulcro, efectivamente, estaba vacío.

Para entender que «había de resucitar de entre los muertos» se precisa una revelación, es necesario –como indica el texto de Juan unos versículos más adelante– que el Resucitado te llame por tu nombre.

JOAN FERRER

Domingo 2 de Pascua / C

1 lectura: Hechos 5,12-16

Los creyentes, hombres y mujeres, se adherían al Señor.

Jesús ha resucitado y los seguidores y seguidoras del Señor han recibido el encargo de anunciar el Evangelio a todo el mundo. La tarea, con ojos humanos, es ciertamente imposible: son gente humilde (pescadores galileos, mujeres...), sin formación ni estructura organizativa ninguna. Aún así, el camino de los inicios de la comunidad de seguidores del Señor Jesús resucitado es prodigioso: «Crecía el número de los creyentes, una multitud tanto de hombres como de mujeres, que se adherían al Señor». La Iglesia es obra del mismo Señor, que actúa con poder.

Este sumario (como los dos precedentes en el libro de los Hechos: 2,42-47; 4,32-35) describe la vida de la Iglesia

de Jerusalén especialmente desde el aspecto externo de su actividad: se producen «muchos signos y prodigios» resultado del poder de Jesús que actúa a través de los apóstoles. «Los demás» sienten un gran respeto y no se atreven a acercarse a los creyentes, pero «la gente se hacía lenguas de ellos». El resultado es que constantemente se adhiere gente a la comunidad, y los enfermos se acercan para obtener la curación. La actividad terapéutica es descrita con las mismas palabras del evangelio (Lc 6,17-19), detalle que prueba que Jesús no ha permanecido prisionero de la muerte: su ministerio de curación continúa en manos de sus discípulos.

2 lectura: Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19

Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos.

Este fragmento pertenece al inicio del libro del Apocalipsis: una revelación que Juan dirige a las siete Iglesias del Asia romana. Es una revelación de Jesucristo que hace saber que él viene en la gloria.

Juan empieza explicando las circunstancias que le han llevado a escribir. Él se encontraba en la isla de Patmos «a causa de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesús». Esto significa que ha sufrido la opresión o el martirio.

El domingo –día del encuentro de la comunidad para dar culto al Señor–

fue poseído por el Espíritu del Señor: parece que se trata de una experiencia de éxtasis. Seguidamente recibe el encargo de poner por escrito las visiones que se le muestran. Hay siete candelabros de oro –que figuran las Iglesias de Asia– y en el centro un ser sobrenatural: «Un Hijo del Hombre» (como el personaje escatológico que aparece en el libro de Daniel 7).

La reacción de Juan es la propia de las narraciones de visiones: él cayó «como muerto». Esto contrasta con la descripción del personaje: «Yo soy el vivien-

te... y tengo las llaves de la muerte y del abismo». Ante esta descripción elusiva comprendemos que aquel que estaba muerto y ahora vive es Jesucristo resucitado.

La orden de escribir hace referencia al plan del libro del Apocalipsis: «Lo que estás viendo: lo que es y lo que ha de

sucedir después de esto». Este libro, sorprendente por la fuerza de sus imágenes, contiene un profundo mensaje de esperanza en clave para las Iglesias perseguidas por el Imperio romano. Es un libro de consuelo que enseña que, a pesar de la prueba y del sufrimiento presente, el triunfo de Jesús resucitado es una realidad absolutamente cierta.

3lectura. Juan 20,19-31 A los ocho días, llegó Jesús.

El evangelio según Juan presenta una perspectiva diferente de la que aparece en la obra de Lucas (evangelio y Hechos). En Juan, la secuencia resurrección-ascensión-pentecostés en cierto sentido se funde. Así, Jesús resucitado dice a María: «Subo al Padre mío» (Jn 20,17) y seguidamente se aparece a los discípulos que «estaban... en una casa, con las puertas cerradas» y les dice: «Recibid el Espíritu Santo».

El fragmento evangélico de hoy presenta dos apariciones paralelas: la aparición es en un domingo –el primer día de la semana– en casa y Jesús saluda con las mismas palabras.

La primera aparición describe el nacimiento de la Iglesia: hay un grupo de discípulos; la presencia del crucificado, que ahora es el Resucitado; el envío al mundo; el don del Espíritu Santo; el mensaje del perdón de los pecados. El texto evangélico remarca la continui-

dad entre Jesús y la Iglesia: de la misma manera que Jesús es enviado por el Padre con una misión, así mismo la Iglesia es enviada por Jesús con una misión; como Jesús ha sido portador del Espíritu, así la Iglesia también es portadora del Espíritu. La comunidad cristiana encuentra su modelo y mandato en el mismo Jesús. La Iglesia es una realidad completamente diferente a cualquier otro grupo social: tiene un origen divino y descubre su razón de ser no en sus aparentes éxitos o fracasos, sino en la llamada y el encargo de Jesús.

La segunda aparición hace referencia a la fe. La increencia de Tomás se convierte en una profunda confesión de fe. La escena final contiene una bendición para los que crean sin la experiencia de confirmación que ha tenido Tomás. Los que creen porque han escuchado el Evangelio no son menos que Tomás y que los que creyeron porque vieron y tocaron al Resucitado.

JOAN FERRER

Domingo 3 de Pascua / C

1 lectura: Hechos 5,27b-32.40b-41

Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo.

El gozo de participar en la resurrección de Jesucristo contiene también un aspecto muy duro: el choque entre la visión de lo que la vida humana ha de ser y el poder de todas las visiones contrarias que dominan el ambiente social y cultural en que la vida de cada día es vivida.

El fragmento de la vida de los Hechos de los Apóstoles de hoy es bien claro: cuando estamos forzados a escoger, los seguidores de Cristo hemos de ser fieles a la llamada del Señor: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

Este capítulo de los Hechos nos muestra que la actividad de Pedro y los demás discípulos ha empezado a llamar la atención, y esto ha comportado la hostilidad de las autoridades que fueron culpables de la muerte de Jesús. Los discípulos fueron encarcelados y seguidamente liberados de la cárcel

por la actuación divina. Las autoridades volvieron a intervenir, y los hicieron comparecer ante el sanedrín acusados de insubordinación. Esto les da ocasión de proclamar de nuevo el mensaje de la salvación de forma esencial: el Jesús que las autoridades mataron colgándolo de una cruz, ahora «la diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador». La resurrección es el corazón y la razón de ser de la Iglesia.

La resurrección de Jesús es entendida como un acto de gracia de Dios para con Israel, «para otorgarle la conversión y el perdón de los pecados». Los mismos discípulos son testigos de la realidad de los hechos que sus palabras describen. Ellos han recibido el poder del Espíritu Santo que les ha dado la fuerza para ser testimonios del Resucitado por encima de cualquier oposición de los poderes humanos.

2 lectura: Apocalipsis 5,11-14

Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la riqueza.

El fragmento del libro del Apocalipsis que proclamamos hoy es la culminación de un pasaje que empieza en Apocalipsis 4,1 y que contiene la visión de Juan de la corte celestial. El vidente da testimonio del esplendor del trono divino, de la corte gloriosa que rodea al trono y de la multitud que ofrece una alabanza incesante a Dios. Ve un documento cerrado con siete sellos que contiene

el despliegue de la historia humana. Cuando se abren los sellos, los hechos catastróficos escritos en el documento empiezan a actuar. La cuestión está en saber cuál será el agente digno de abrir los sellos de este documento tan singular. Uno de los ancianos dice que «el león de la tribu de Judá, el retoño de David, ha vencido y es capaz de abrir el sello y sus siete sellos» (Ap 5,5); pero

cuando Juan mira no ve un león sino «el Cordero degollado».

El Cordero recibe el documento de la mano de Dios y entonces la corte celestial entona un canto que alaba al Cordero y reconoce su dignidad.

En este punto se encuentra el texto de la lectura de hoy. Es un *crescendo* en el que hay una multitud incalculable formada por ángeles, vivientes y ancianos que entonan la alabanza del Cordero degollado. A continuación «todas las

criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar» se añaden al canto de gloria y alabanza.

Hemos de tener en cuenta que, en el Imperio romano, la corte halagaba a los emperadores con cantos, y multitud de gente de toda clase los adulaba. Los cristianos al manifestar lo dice Juan desafiaban el poder de los amos de la tierra: es solo «al que está sentado en el trono y al Cordero» a quien ha de ser dada «la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos»

3lectura: Juan 21,1-19

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

El capítulo final del evangelio según Juan parece que es un apéndice añadido al texto original, que quiere dar respuesta a cuestiones nuevas que han surgido en la comunidad de los primeros lectores. Destaquemos el interés que muestra por la relación entre «aquel discípulo que Jesús tanto quería» y Pedro.

La narración es magnífica y nos presenta nuevas apariciones de Jesús resucitado que anima a los discípulos y les enseña que han de ser líderes-sirvientes.

El pasaje de hoy consta de tres escenas. En la primera encontramos el fracaso de Pedro y los discípulos en la pesca. Jesús, en principio no reconocido, desde la orilla, les indica lo que han de hacer para pescar. El discípulo amado identifica al Resucitado: «Es el Señor». Esta confesión de fe es respondida por Pedro, que se tira al agua y deja atrás la barca y la red.

Destaquemos que la obediencia de los

discípulos precede al reconocimiento. La noticia de que la red no se rompió, pese a la gran pesca obtenida, seguramente hace referencia a la unidad de la Iglesia, que se mantiene aunque la gente que la forma es mucha y muy diferente.

En la segunda escena Jesús, desde la orilla, insta a los discípulos: «Vamos, almorzad». El texto tiene un claro eco eucarístico. Entre unas imágenes que hablan de las grandes dimensiones de la misión cristiana, está la presencia de Jesús que sostiene y apoya. Es Jesús quien ha preparado la comida antes de que Pedro llegase a la orilla, y es él quien da el alimento a los pescadores hambrientos.

La tercera escena es la recuperación de Pedro como cabeza de la Iglesia y seguidor de Jesús. El que había negado a Jesús tres veces ahora afirma, tres veces, su amor a Jesús. La historia de Pedro será, en cierto sentido, paralela a la de Jesús, para la gloria de Dios.

JOAN FERRER

Domingo 4 de Pascua / C

1 lectura: Hechos 13,14.43-52 Sabed que nos dedicamos a los gentiles.

El libro de los Hechos de los Apóstoles explica la historia de los orígenes de la Iglesia: la aventura fascinante de la propagación del Evangelio en tierras paganas, lejos de la tierra de Israel. En el pasaje de hoy encontramos descrito un episodio del primer gran viaje misionero: Pablo y Bernabé han partido de Antioquía de Siria, han pasado por la isla de Chipre y han continuado hasta Perge, Asia, y desde allí han avanzado hasta Antioquía de Pisidia, en la región de los gálatas. El trabajo de proclamación del Evangelio empieza en la sinagoga, el lugar de reunión de la comunidad judía. El primer sábado los predicadores cristianos son bien acogidos, pero el sábado siguiente el anuncio de Pablo es recibido solo por un pequeño grupo

de gente mientras que la mayoría lo rechaza. Este escenario se irá repitiendo en los diversos episodios de la misión paulina en los Hechos de los Apóstoles.

La causa del rechazo está indicada por la expresión «les dio mucha envidia». Los adversarios de Pablo entienden que la oferta de la salvación ha de ser un privilegio exclusivo de Israel, y no pueden soportar esta oferta universal de la Palabra. Pablo y Bernabé confirman que la Palabra de la salvación va destinada primero a los judíos, pero ante el rechazo de estos, ellos se dirigen a los gentiles. El hecho de que la Palabra sea dirigida a los gentiles es el resultado del rechazo de la sinagoga y del cumplimiento de la vocación de Israel de ser luz de las naciones.

2 lectura: Apocalipsis 7,9.14b-17 El cordero será su pastor, y los conducirá hasta fuentes de aguas vivas.

Antes de que se abra el séptimo sello del documento que contiene el final de la historia, hecho este que solo puede ser realizado por el Cordero que ha sido degollado, se produce una pausa. El Apocalipsis ha formulado una pregunta inquietante: «Porque ya ha llegado el gran día del castigo, ¿y quién podrá resistir?» (Ap 6,17). Ahora podemos conocer la respuesta a esta pregunta: el pueblo de Dios será rescatado de la indignación divina y solo él no se tendrá que esconder de la cara de Dios.

El pueblo de Dios es una multitud casi inimaginable, como lo eran los hijos prometidos por Dios a Abrahán y Sara. Vienen de todas partes y hablan todas las lenguas. Todo este gentío incalculable, sin embargo, van vestidos de la misma manera. Llevan vestidos blancos y palmas de victoria en las manos. Todos pueden dar culto día y noche dentro del santuario de Dios. Todos han pasado por la «gran tribulación». El texto no da indicios de los hechos a los que se refiere, solo podemos estar seguros de que han permanecido fieles.

La sangre de Jesús es tan poderosa que puede purificar a las personas hasta el extremo de que sean dignas de vivir por siempre ante Dios: esta es una bendición inaudita. La salvación que han obtenido les ha dado esta especial relación con Dios. El texto despliega

esta experiencia de salvación diciendo que no se deberán preocupar por las necesidades de la vida, y que la pena personal dejará de existir. El Cordero –degollado y victorioso– se ha convertido en el pastor que sabe dónde están las fuentes de aguas vivas.

3lectura: Juan 10,27-30 Yo doy la vida eterna a mis ovejas.

Jesús ha recibido una pregunta intrigante por parte de una autoridad religiosa judía: «¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente» (Jn 10,24). La cuestión está en saber si Jesús responde a los criterios que ellos tienen sobre cómo ha de ser el Mesías. Pero Jesús es siempre sorprendente, y trasciende y transforma todas las categorías previamente establecidas. Jesús responde a estas autoridades judías (justo en el versículo anterior al fragmento que hoy proclamamos): «Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas» (Jn 10,26).

El conocimiento del Mesías pide la reorientación del conocimiento e implica una conversión radical: el paso de un rebaño a otro, hecho este que comporta la certeza de la protección y la seguridad («no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano»). Los creyentes son «mis ovejas», y no podrán ser separadas del cuidado del

Pastor. Esta protección, sin embargo, comporta un precio muy caro: la vida del Pastor es la que da vida a las ovejas.

Otro detalle fundamental, y que es la prueba definitiva de la condición mesiánica de Jesús, es el hecho de que las ovejas son un don del Padre y, por tanto, «nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre», porque Jesús y Dios se encuentran perfectamente unidos en la obra de la revelación: «Yo y el Padre somos uno».

Este fragmento evangélico nos muestra que Jesús se sitúa mucho más allá de la esperanza mesiánica tradicional: él comparte con Dios la autoridad última sobre la vida y sobre la muerte. El problema se sitúa en realidad en la actitud incrédula de sus interlocutores: cree quien escucha la voz de Jesús. Esta realidad aquí es expresada diciendo: «Mis ovejas escuchan mi voz». El hecho de escuchar la voz de Jesús –la fe– en definitiva es un don del Padre: «Me las ha dado».

JOAN FERRER

Domingo 5 de Pascua / C

1 lectura: Hechos 14,21b-27

Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho por medio de ellos.

El pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles que leemos hoy nos presenta la parte final del primer viaje misionero de Pablo y Bernabé. El camino ha sido largo: partieron de Antioquía de Siria, pasaron por la isla de Chipre, seguidamente, en barco, llegaron a Asia donde evangelizaron la región de Galacia. El viaje de vuelta les llevó de nuevo a la costa, a Perge y Atalía y, por mar, volvieron a Antioquía.

El camino de vuelta de los misioneros nos ofrece preciosas indicaciones sobre las pequeñas comunidades cristianas del Asia Menor. La acción de Pablo y Bernabé es de carácter pastoral: exhortan a los creyentes a la fidelidad enseñándoles que el sufrimiento es inevitable para entrar en el Reino de Dios. El sumario que Lucas nos ofreció en los Hechos de los Apóstoles 2,42-47 decía

que la perseverancia es un factor constitutivo de la Iglesia; aquí se le añade la experiencia de las tribulaciones. Los misioneros instituyen una dirección local de las comunidades: «Designaban presbíteros». Estos presbíteros, o ancianos, han de ser los hombres experimentados que han de presidir y animar a las comunidades.

La plegaria, el ayuno y la confianza en el Señor expresan el reconocimiento de quién es el verdadero actor de la expansión misionera: Dios. Al volver a Antioquía de Siria anuncian a la comunidad de los creyentes de allá «lo que Dios había hecho por medio de ellos». Los misioneros no han hecho más que seguir «la gracia de Dios» que les ha llevado a la constatación de que «Dios... había abierto a los gentiles la puerta de la fe».

2 lectura: Apocalipsis 21,1-5a

Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.

Las lecturas del tiempo de Pascua afirman una vez y otra que la resurrección de Jesús indica, de manera decisiva, que Dios es Señor de toda la creación y en todos los tiempos. Este fragmento del Apocalipsis narra con imágenes de una gran belleza las consecuencias de la victoria final de Dios, que constituye una bendición inaudita: el pueblo de Dios podrá vivir en la presencia del mismo Dios.

La visión del Apocalipsis se encuentra enraizada en el corazón de las visiones proféticas y apocalípticas de las Sagradas Escrituras: «Un cielo nuevo y una tierra nueva» nos remiten a la visión de Isaías 65,17-25, que anticipaba: «Voy a crear un cielo nuevo y una nueva tierra; de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento» y exultaba por una Jerusalén que será motivo de gozo y de júbilo.

El Apocalipsis se dirigía originariamente a unos cristianos que eran perseguidos a causa de su fe: muchos dieron la vida por mantenerse fieles a lo que habían creído; otros tuvieron que huir de sus ciudades. Juan nos dice, en el comienzo del Apocalipsis, que estaba exiliado en la isla de Patmos. Para los creyentes no hay lugares seguros en la tierra. La visión de la nueva Jerusalén, entonces, se manifiesta luminosa y plena de sentido.

El lugar nuevo para habitar que Dios dará incluye todo el cosmos: cielo y tierra. Toda la creación será restaurada. El mar, que para el Antiguo Testamento es un lugar amenazador de caos que ma-

nifiesta una oposición tenaz al mismo Dios, deja de existir, de manera que la nueva Jerusalén puede bajar del cielo en una atmósfera de paz.

El detalle más significativo es que «es la morada de Dios entre los hombres». El motivo de gloria de la Jerusalén terrenal –ahora destruida por los ejércitos romanos– era el templo, el lugar donde el Dios de Israel podía ser adorado. En esta nueva Jerusalén, en cambio, no habrá templo porque Dios habita en medio de su pueblo. Ahora, en la presencia de Dios, el drama causado por todas las separaciones habrá pasado por siempre.

3lectura: Juan 13,31-33a.34-35

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros.

Hoy, en pleno tiempo pascual, nos puede parecer extraño encontrarnos un evangelio que nos sitúa en los últimos momentos de la vida de Jesús. Jesús conversa con sus discípulos sobre su «partida», que es un término que en el evangelio de Juan incluye su muerte, la resurrección y el retorno al Padre.

El fragmento de hoy se encuentra después de la partida de Judas: él, que era miembro del grupo de Jesús, lo abandona. El evangelista hace un inciso conmovedor: «Era de noche». A continuación viene nuestro evangelio de hoy, que habla de la glorificación de Jesús. El texto no deja de sorprendernos: cuando todo se ha oscurecido y Jesús es traicionado por uno de sus amigos, se nos anuncia la glorificación de Jesús: es su momento de exaltación, honor y alabanza.

El evangelio anuncia solemnemente que es «ahora» –en un momento de increíble deslealtad e infidelidad– el momento del cumplimiento de la misión recibida por Jesús y de su retorno al Padre. Todo formaba parte del plan de Dios, aunque nos resulte una voluntad misteriosa y difícil. Hemos de observar lo que podríamos denominar la compenetración entre Dios y Jesús en el momento de la glorificación: la gloria de Dios se da a conocer cuando el Padre es glorificado en el Hijo y el Hijo es glorificado en el Padre. Las acciones del Hijo son las acciones del Padre: Jesús es la revelación plena de Dios, de manera particular en este momento de muerte y partida. Todo lo que puedan hacer los hombres solo sirve de complemento para la auténtica acción: la manifestación de la identidad recíproca del Hijo y del Padre.

Domingo 6 de Pascua / C

1 lectura: Hechos 15,1-2.22-29

Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas.

Cuando todo parecía que iba bien para la Iglesia de Antioquía, que acababa de recibir a Pablo y a Bernabé que volvían de su viaje misionero por tierras de Asia, surge una controversia grave que pone en peligro la unidad de la cristiandad. Los misioneros han sufrido peligros que venían de fuera, pero ahora surge una discusión muy seria dentro de la comunidad.

«Unos que bajaron de Judea» –no se nos dice quiénes son– enseñan que la salvación implica necesariamente la circuncisión. Se trata de la crisis más grave del cristianismo del siglo I. La situación es tan grave que la comunidad de Antioquía decide enviar a Pablo y a Bernabé con otros cristianos de Jerusalén para hablar del asunto con los apóstoles y los presbíteros.

La lectura de hoy omite el debate en Jerusalén y pasa directamente a comunicar las conclusiones contenidas en una carta que fue llevada de Jerusalén a Antioquía por Pablo y Bernabé y algunos más. En Jerusalén, los primeros cristianos entendieron que la conversión era una iniciativa de Dios y que no se le podía poner obstáculos. A los no judíos se les impondrán, al respecto, cuatro prohibiciones: tres son de carácter alimentario (carne sacrificada a los ídolos, sangre, animales estrangulados) y otra se orienta a evitar los comportamientos sexuales prohibidos. Se trata de normas que eran consideradas comunes a toda la humanidad: la obra de Pablo y Bernabé entre los no judíos está claramente legitimada.

2 lectura: Apocalipsis 21,10-14.22-23

Me mostró la ciudad santa que descendía del cielo.

En la visión final del libro del Apocalipsis, Juan ve con gran detalle la nueva Jerusalén que un poco antes ya había visto: «Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo» (Ap 21,2). La descripción que nos ofrece el leccionario de hoy es solo parcial, pero el texto nos habla de manera exuberante de las murallas, las puertas, la orientación de estas, de los cimientos, etc. Todo ello nos sitúa en el cora-

zón del mensaje que, de manera metafórica, nos quiere comunicar: lo que espera al pueblo de Dios incluye todas las esperanzas imaginadas y las que se encuentran más allá de la imaginación humana.

La ciudad terrena de Jerusalén, con el templo, el único lugar donde era posible ofrecer sacrificios al Dios de Israel, ha sido destruida por las legiones romanas. A los cristianos perseguidos y asesinados por su fidelidad a Jesucristo

se les ofrecen unas palabras de consuelo y seguridad que en aquel contexto eran absolutamente inauditas. La fuerza del lenguaje supera toda imaginación: «La ciudad no necesita del sol ni de la luna que la alumbre, pues la glo-

ria del Señor la ilumina y su lámpara es el Cordero». Todo ello nos sitúa en una realidad transformada porque la nueva Jerusalén es el lugar donde vive el mismo Dios, por eso ya no es necesario el santuario del templo.

3lectura: Juan 14,23-29

El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho.

El evangelio de hoy es un fragmento del primer discurso de despedida de Jesús en el evangelio de san Juan. Los dos discursos de despedida y la «plegaria sacerdotal» permiten formular, antes del inicio de la Pasión, el significado global de la historia de Jesús. Esto tiene una perspectiva retrospectiva: explicar cuál ha sido el significado de la venida del Hijo y, singularmente, el de su muerte en cruz; y también nos esbozan una panorámica de futuro: esta historia abre un futuro fecundo para todos los que fundamentan su vida en el Crucificado-Elevado.

El fragmento que proclamamos hoy es de una gran densidad: solo quien ama a Jesús, es decir, solo quien acepta la revelación crea el espacio que permite a Dios y a Jesús manifestar su amor y habitar en la vida del creyente. Quien representa perfectamente a Jesús entre los suyos después de Pascua es el Espíritu Santo enviado por el Padre. Jesús, en el evangelio según Juan, lo llama «el Defensor». Su misión no es tanto carismática (curaciones, etc) como docente. Durante el tiempo de la Igle-

sia hace que el Ausente sea Presente, puesto que asume las funciones que ejercía Jesús antes de Pascua. El Defensor será el actor de la presencia divina entre los creyentes, pues rememorará la enseñanza de Jesús e interpretará su mensaje siempre de nuevo. Además, el Defensor asistirá a los creyentes en la tarea de dar testimonio de Jesús en un mundo hostil.

El Defensor-Espíritu Santo hace un trabajo de memoria, ya que remite siempre a la revelación aportada por Jesús, y una tarea hermenéutica, que actualiza el contenido de esta revelación.

Jesús, que se despide, les deja un don que transforma la existencia de los creyentes: la paz. La muerte inminente de Jesús no es una pérdida sino una ganancia. Los discípulos no han de sucumbir a la tristeza sino descubrir el don que va ligado a este acontecimiento; la paz, que es la paz con Dios, paz interior, paz en la comunidad, certeza de que el caos no tiene la última palabra en la creación. Se da como una promesa que recibe la consistencia en la fe.

JOAN FERRER

Ascensión del Señor / C

1 lectura: Hechos 1,1-11

Lo vieron levantarse.

En la narración de Lucas de la actividad salvadora de Dios en Jesús (el Evangelio) y en el Espíritu Santo (los Hechos de los Apóstoles), la historia de la Ascensión de Jesús marca en fin de las apariciones a los discípulos después de la resurrección y el preludeo del envío del Espíritu. La ascensión, en la tradición de la Iglesia, ha devenido en una fiesta de la exaltación de Cristo resucitado.

La primera parte del pasaje de hoy es una introducción a todo el libro de los Hechos de los Apóstoles y, por tanto, a la obra del Espíritu de Dios en la vida de la joven Iglesia y, al mismo tiempo, al hecho de la ascensión, que es descrito de manera más detallada en la segunda parte del texto. El énfasis fundamental, sin embargo, está en la venida del Espíritu Santo.

El libro empieza con un sumario de los hechos que se han producido a lo largo de los cuarenta días que han seguido a la Pascua en que el Señor resucitado

«se les presentó... vivo».

Los seguidores fieles han de permanecer en Jerusalén porque pronto el Espíritu de Dios se les presentará de manera nueva. Esta venida es explicada en término bautismales: «dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo».

Los discípulos están preocupados por las esperanzas de cariz político que han depositado en el Mesías sobre la restauración de la monarquía política de la casa de David. Jesús desvía la cuestión y la centra en el maravilloso despliegue del amor y el poder de Dios que muy pronto contemplarán. Estamos en la aurora de la era del Espíritu.

Después, Jesús es elevado por encima de los límites de sus sentidos físicos y «dos hombres vestidos de blanco», como los que comparecieron en el sepulcro la mañana de Pascua, los sacan de su embobamiento y les prometen una segunda venida de Jesús.

2 lectura: Efesios 1,17-23

Lo sentó a su derecha en el cielo.

La alusión a la ascensión que hay en este fragmento de la carta a los Efesios forma parte de la alabanza a Dios por las acciones que ha hecho Cristo para la humanidad.

El autor formula una oración a Dios sobre la sabiduría, revelación y espe-

ranza que la Iglesia necesita ahora que su Señor ha sido exaltado. Todo gira alrededor del poder de Dios: «la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros»; este poder es el que obró en la resurrección de Jesús de entre los muertos y que lo exaltó hasta sentarlo «a su derecha en el cielo».

Cristo se sienta a la derecha de Dios, por encima «de todo principado, potestad, fuerza y dominación», y por encima de todo nombre en este mundo y en el mundo futuro. Todas las realidades ya le están sujetas. «Todo lo puso bajo sus pies».

En Éfeso, el triunfo completo de Cristo ya ha ocurrido. La autoridad de la

Iglesia se fundamenta en este poder de su Señor. El hecho de que Cristo ya haya triunfado significa que la misma Iglesia —«ella es su cuerpo»— será sostenida por este poder de Dios. La Iglesia, pues, puede actuar confiadamente porque sabe que es el cuerpo de Cristo; el cuerpo que ha sido exaltado directamente por el propio poder de Dios.

3lectura: Lucas 24,46-53 Mientras los bendecía, fue llevado hacia el cielo.

En la conclusión del evangelio según Lucas encontramos reunidos una serie de temas que ya han aparecido en los capítulos que componen la obra. Ahora aparecen juntos como mensaje final de Jesús resucitado a sus discípulos, junto con la narración de la partida de Jesús, que enlaza con el comienzo del libro de los Hechos de los Apóstoles, que es el segundo volumen de la obra de Lucas.

Se nos dice que las Sagradas Escrituras judías nos ofrecen una comprensión del Mesías y de su destino. Esta convicción ya ha aparecido un poco antes en Lucas en el episodio de los dos discípulos que iban a Emaús. Ahora, en este encuentro con sus discípulos, vuelve a hablar del testimonio que las Escrituras dan de él. Aquí el interés no consiste

en saber en qué pasaje concreto pensaba Jesús o el narrador del evangelio, sino en el hecho de que lo que ocurre a Jesús y lo que los discípulos tendrán que hacer está en consonancia con las intenciones de Dios desde los orígenes. El sufrimiento y la resurrección del Mesías y la misión a las naciones no son accidentes de la historia, sino que cumplen el plan divino. Hay que remitirse siempre a las Escrituras para discernir la estrategia de Dios en la inauguración del Reino anticipado de justicia y paz.

El mensaje se refiere a un «vosotros» —que somos nosotros— que nos hemos convertido en participantes de esta historia y hemos recibido la obligación de proclamarla y de atestiguarla con nuestras vidas.

JOAN FERRER

Domingo de Pentecostés / C

1 lectura: Hechos 2,1-11

Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.

Nos encontramos ante la narración de una vida nueva: imprevista, repentina e irresistible. La historia se explica señalando que se trata de una realidad prodigiosa: un estruendo del cielo, como de un viento recio, unas llamaradas que se posaban encima de cada uno, un lenguaje transformado...

No es accidental que el nacimiento de la Iglesia –esta gran cosecha de personas– acontezca en esta fecha. En el Antiguo Testamento, Pentecostés señalaba el fin de las cosechas de primavera. Los israelitas fieles alababan a Dios y le pedían su gracia y generosidad.

En la ascensión de Jesús se promete por dos veces la venida del Espíritu. Aquí esta promesa llega a su cumplimiento

en una forma que supera las expectativas de los discípulos más fieles. Pentecostés es vida nueva para la Iglesia y para las personas que la forman a través del Espíritu de Dios.

Nadie está excluido de esta muestra de la gracia de Dios. En la Transfiguración, por ejemplo, solo un pequeño grupo había sido testigo de la manifestación de Dios, pero aquí nadie permanece al margen. Y un momento más tarde, todos quedaron «desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua» y la gente provenía de todo el mundo de la diáspora grecorromana. Lo que ocurre durante Pentecostés no es una experiencia mística interior, sino un estallido del poder de Dios que toca a cada uno de los presentes.

2 lectura: Corintios 12,3b-7.12-13

Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.

El don del Espíritu a la Iglesia no fue un acontecimiento único, en una sola ocasión. El pasaje de la primera carta de Pablo a los Corintios así lo manifiesta. El fragmento forma parte de una discusión más larga sobre la oración en la Iglesia. Lo que dice Pablo en este contexto sobre el Espíritu pertenece a la vida comunitaria de los creyentes. Pablo no suele hablar del Espíritu en relación con la fe privada de cada persona.

Los corintios parece que se sentían muy orgullosos de su superioridad espiritual,

que se manifestaba en el hecho de hablar en lenguajes extraños o de hacer profecías difícilmente comprensibles. Pablo tiene una perspectiva bien diferente. Empieza hablando del don espiritual de la fe, que permite decir «Jesús es Señor». Para Pablo, cualquier don viene del Espíritu y es un don, no un triunfo personal del creyente. Los dones hablan más del Donador que del receptor.

Pablo insiste en el hecho de que los dones espirituales son muy variados, y de que cada uno tiene su lugar y senti-

do en la construcción de la comunidad cristiana. En Corinto, esta diversidad se había convertido en una jerarquía en la que los dones más espectaculares triunfaban sobre los que parecían más ordinarios. Pablo destaca que todos los dones espirituales provienen del mismo

Dios y que nadie los recibe todos: «A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común». Los dones son distribuidos según el plan del mismo Espíritu de Dios para vivificar y dinamizar cada comunidad cristiana.

3lectura: Juan 20,19-23

Como el Padre me ha enviado, os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.

El evangelio según Juan nos presenta una secuencia de los hechos de Pascua desde una perspectiva diferente de la del evangelio según Lucas.

María ha ido la madrugada del domingo al sepulcro. Ve la piedra de la tumba removida y se va corriendo a buscar a los discípulos. Estos comprueban que lo que les ha dicho María es verdad y se vuelven para casa. María se queda sola en el sepulcro, preocupada por el cuerpo muerto de Jesús, que no está donde lo habían dejado. Allí se encuentra con alguien que parece un hortelano y se dirige a él, pero no es capaz de reconocer al Resucitado hasta que él pronuncia su nombre, «María». Jesús le dice: «Subo al Padre mío y Padre vuestro». En Juan, la perspectiva de la resurrección se funde con la Ascensión. Seguidamente, después del anuncio de María a los demás discípulos («He visto al Señor»), acontecen los hechos del pasaje que hoy proclamamos.

Esta escena es la forma joánica de presentar el nacimiento de la Iglesia en una síntesis de Pascua–Ascensión–Pentecostés, de gran fuerza teológica.

Hay una comunidad de discípulos, que tenían miedo. Los hechos del Viernes Santo han mostrado que la situación era muy peligrosa: Jesús ha muerto como un malhechor. Jesús resucitado no es un cadáver que haya cobrado vida de nuevo, las puertas y paredes no son obstáculo para el Resucitado. La presencia del Resucitado activa el don de la «paz», que era un signo prometido de forma inequívoca para los tiempos mesiánicos (Isaías 9,5; 11). El Resucitado muestra su identidad con el Crucificado, que ha muerto siendo fiel a la misión que Dios le había confiado. Su presencia causa la alegría de los tiempos mesiánicos definitivos, que es el tiempo de Pascua, y confiere una misión: anunciar la obra del Padre. Para poder realizarla es necesario el don del Espíritu, fuerza de Dios que transforma la vida humana.

Como Jesús, que ha sido portador del Espíritu y ha perdonado los pecados, ahora también la Iglesia es portadora del Espíritu y también declara el perdón de los pecados. La comunidad cristiana, que nace de la fuerza del Espíritu, tiene su modelo y mandato en el mismo Jesús.

JOAN FERRER